

SIMMEL, SOCIÓLOGO DE TRANSICIÓN

J. ALEJANDRO NAVARRO HERNÁNDEZ.

Escribir sobre Georg Simmel, es adentrarse en la obra de un autor que investigó en diversos campos del conocimiento como los de la historia, la filosofía, el arte y la sociología. Producto de su trabajo son sus múltiples libros y artículos publicados. En este ensayo, solo haré referencia a su artículo “La metrópoli y la vida mental”¹ y sus aportaciones a la sociología como disciplina científica dedicada al estudio de los problemas de la sociedad contemporánea.

Mi primer encuentro con Simmel fue hace tres años, cuando lei su trabajo *El individuo y la libertad, ensayos de crítica de la cultura*, recién publicado en España y distribuido en México, texto que un compañero me recomendó leer. Simmel me resultaba un autor desconocido, pues durante mis estudios de licenciatura en sociología nunca se le mencionó como alguien importante para una disciplina en la que dominaban, en calidad de clásicos, las consagradas figuras de Marx, Durkheim y Weber.

Por lo tanto, registré a Simmel como a un autor a quien habría que leer más. Al fin del semestre de otoño de 2005, se me presentó la ocasión de tener un segundo encuentro con el mismo autor. Pero ahora con la oportunidad de analizar varias de sus obras en la modalidad de seminario en el Departamento de Sociología y Administración Pública de la UNISON. El seminario resultó ser un espacio de discusión muy rica en información e ideas sobre Simmel y, además se desarrolló de manera muy divertida. Los asistentes al seminario analizamos y comentamos escritos como “La nobleza”, “El extranjero”, “El pobre”, “El avaro y el dilapidador”, “El aventurero”, “La prostitución”, “La subordinación” y “Los círculos sociales”, entre otros textos de él.

¹ Georg Simmel, "Las grandes urbes y la vida del espíritu". En Georg Simmel, *El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura* 247-261 (Barcelona: Ediciones Península, 1986). Véase también Georg Simmel, “La metrópoli y la vida mental”. En Georg Simmel, *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*, compilado por Donald N. Levine, 388-402 (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2002).

Simmel fue un sociólogo que vivió al término del siglo XIX y principio del siglo XX, por lo que debemos empezar por preguntarnos por qué su obra es importante para la sociología actual y a dónde nos conduce analizar sus trabajos.

Siempre he mostrado interés por conocer acerca del desarrollo de la sociología, de cada una de las etapas que pueden identificarse, desde que surgió hasta la actualidad. Conocer las circunstancias y preocupaciones de cada sociólogo y lo que aportó en su momento, sirve para comprender la situación actual de la sociología como disciplina. De ahí mi atención hacia un investigador como Simmel, aún y cuando algunas de sus obras –como “Sobre diferenciación social” o “La filosofía del dinero”- ya cumplieron 100 años.

En mi opinión, Simmel es un pensador de transición. Él observó los cambios que sucedieron al surgir las nuevas naciones europeas y particularmente Alemania, país que durante los años en que vivió este sociólogo, transitó de una forma de sociedad tradicional a otra con características modernas.

Simmel, desde su natal Berlín, intentó comprender las nuevas realidades de esos procesos de cambio y, como parte de ello, la vida de hombres y mujeres implicados en dichos acontecimientos. Le interesaron, sobre todo, los cambios en las formas de interacción y sus efectos en la vida cotidiana de los individuos.

Con lo anterior, Simmel contribuyó a otra transición en el campo del conocimiento, ya que trató los problemas sociales desde un enfoque sociológico, cuando antes estos eran vistos sólo en términos filosóficos, históricos o económicos. Ejemplo de ello está su ensayo “La metrópoli y la vida mental”.

En este artículo, Simmel aplica su método de análisis sociológico a la ciudad moderna. Convierte a la ciudad en el espacio que se configura con las diferentes formas de interactuar de los individuos. Distinguió, también, los contenidos psicológicos, culturales y los aspectos económicos de dichas formas sociales.

Al analizar la ciudad moderna, Simmel la presenta como la síntesis de un conjunto de rasgos entre los que destacan las relaciones de intercambio económico. Así, nos dice,

“las grandes ciudades han sido desde tiempos inmemoriales la sede de la economía monetaria, puesto que la multiplicidad y aglomeración del intercambio económico proporciona al medio de cambio una importancia a la que no hubiera llegado en la escasez del trueque campesino”.²

La ciudad moderna se caracteriza por la forma de intercambio en dinero, pues este influye en cualquier otro tipo de intercambio que se presente en ese espacio social: “el dinero sólo pregunta por aquello que les es común a todos, por el valor de cambio que nivela toda cualidad y toda peculiaridad sobre la base de la pregunta por el mero cuánto”.³

La ciudad se convierte, para el autor, en el marco donde se desarrolla una dinámica llena de tensiones y problemas derivada de las relaciones entre el individuo y la sociedad. Simmel entiende la sociedad como el conjunto de relaciones personales, grupales e institucionales que se pueden visualizar, y en las que cada individuo mantiene una posición social y maneja determinado nivel cultural. Ante esta situación, siempre está presente la “pretensión del individuo de conservar la autonomía y peculiaridad de su existencia”, es decir, de mantener su vida y la forma en que quiere que ésta sea.⁴

La producción para el mercado, es otro de los rasgos que a Simmel le permite distinguir a la ciudad moderna de la anterior forma de ciudad tradicional. En esta última, “se produce para el cliente que encarga la mercancía, de modo que productor y consumidor se conocen mutuamente. Pero la moderna gran ciudad se nutre casi por completo de la producción para el mercado, esto es, para consumidores completamente desconocidos que nunca entran en la esfera de acción del auténtico productor”.⁵

La ciudad, al volverse el espacio del intercambio monetario y de la economía de mercado, no funciona sin la medición del tiempo y el acuerdo de los individuos en someterse a horarios específicos. Así, nos dice Simmel, los asuntos de los hombres de la ciudad “acostumbran ser tan variados y complicados, esto es, por la aglomeración de

² Georg Simmel, "Las grandes urbes y la vida del espíritu", 248-249.

³ *Ibid.*, 249.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

tantos hombres con intereses tan diferenciados se encadenan entre sí sus relaciones en un organismo tan polinómico, que sin la más exacta puntualidad en el cumplimiento de las obligaciones y prestaciones, el todo se derrumbaría en un caos inextricable”.⁶

Esto es algo que podemos encontrar en ciudades europeas en proceso de urbanización y modernización como París, Londres, o Berlín, en la que vivió Simmel. La observación también nos ayuda para comprender lo que ocurre actualmente en otras ciudades como Tokio, Toronto, Nueva York, Los Angeles, la Ciudad de México, e incluso lo que sucede en la ciudad de Hermosillo, con el crecimiento de la población y su incipiente desarrollo industrial.

¿Y cuáles son los efectos de estos cambios en los individuos? Para comprender este aspecto hay que partir de los rasgos que configuran la síntesis de lo que para Simmel son los hombres. La base de su análisis es la constitución anímica e intelectual del individuo. Éste es un ser que siente los acontecimientos en los que se ve inmerso y reflexiona en torno a ellos. Estas características le permiten interactuar con las exigencias urbanas de la vida cotidiana, y cuando de esta dinámica surge una diversidad de comportamientos, podemos obtener el tipo de hombre de la ciudad moderna.

Uno de los principales efectos de lo anterior, dice el autor, es el “*acrecentamiento de la vida nerviosa*”,⁷ o como diríamos ahora, el estrés que caracteriza el estilo de vida de las ciudades modernas.

Para concluir: ¿Qué lecciones habría que extraer de este ensayo de Simmel? Para empezar, Simmel fue uno de los primeros que propuso abordar el comportamiento de los hombres en términos de sus acciones recíprocas. Y también en señalar que en esas interacciones no deja de haber tensiones y problemas. Además, en su perspectiva sociológica, el hombre desempeña un papel activo ya que este piensa y calcula, en menor o mayor grado, la forma en que actúa ante cada situación social.

Desde la perspectiva de Simmel, el papel del sociólogo consiste en construir síntesis con los rasgos y tendencias presentes en las relaciones sociales en los que participan los

⁶ *Ibid.*, 250.

⁷ *Ibid.*, 247. Las palabras en cursivas aparecen así en el original.

hombres. Dichas síntesis deben aplicarse como modelos o formas sociales que nos permitan comprender la vida social de los individuos, como lo hace en su artículo “Las grandes urbes y la vida del espíritu”. Porque para Simmel el papel del sociólogo “no es acusar o perdonar, sino tan sólo comprender”.⁸

⁸ *Ibid.*, 261.